

ZALPA ET AL.

Alejandro Montelongo González

*M*e enteré de la decisión de Genaro de jubilarse durante el pasado periodo intersemestral. Carezco de palabras adecuadas para comunicar la espontánea sensación que me produjo la noticia, algo parecido a una relampagueante ráfaga de hormigueo corporal suficiente para erizarme la piel. O como un telegrama urgente, un cable de último minuto, que instaló en mi conciencia la certeza profunda de que un gran ciclo llegaba a su fin para la comunidad del Departamento de Sociología y Antropología. Se marchaba “el más viejo y el más antiguo”, como él mismo se presentó ante una de las generaciones que recientemente ingresó a la carrera y, además, en mi opinión, terminaba también una prolongada “época de oro” para el pensamiento y la práctica de nuestra disciplina en la universidad.

Al paso de los días y conforme desocupaba su cubículo, las paredes cada vez más desnudas y las numerosas cajas que preparaban la mudanza de una parte de su monumental biblioteca, parecían presagios desafiantes de un escenario inmediato algo incierto. ¿Qué futuro espera en los siguientes años a la carrera que hace más de 40 fundó un Genaro joven y entusiasta?, ¿qué responsabilidades y valentías nos corresponden a quienes nos quedamos? Por lo pronto, su ausencia

es notable y echo en falta encontrarnos casualmente por los pasillos y ensayar un breve saludo en purépecha, lengua que hasta el momento ni él ni yo hemos aprendido bien.

En su oficina compartimos cantidad de pláticas amenas, deliciosas y emotivas. Invariablemente Paracho era el vaso comunicante para superar silencios, abrir o cerrar las conversaciones; también el fútbol y las desventuras venturosas de los Monarcas Morelia, o la música, en específico la que fue mi pasión por los Beatles. Alguna vez me sugirió fundar la Iglesia Bíblica para llevar la buena nueva a todos los rincones del mundo mundial. ¡Cerca estuve de rendirme a semejante tentación de las sirenas! Yo creo que alguna buena ancestra me disuadió de tamaña herejía, pues al paso del tiempo entendí que John y Paul son falsos profetas, que George es más solvente como guitarrista y productor que como predicador, y que Ringo es demasiado glamuroso para ser un buen papa.

Cuando mi tío José, un familiar muy entrañable y comprometido con la Teología de la Liberación, supo que Genaro sería mi profesor en la licenciatura, hizo un comentario por demás conciso y atinado: “Es un fregón. Un buenazo”. Desde el primer curso de síntesis teórica que tomé con él hasta el último durante la maestría, hace más de diez años, tuve oportunidad de corroborar dicha afirmación. La pedagogía de Genaro era sobria, efectiva y envolvente. Casi no lo recuerdo utilizando el pizarrón; siempre de pie delante del grupo o eventualmente en círculo para comentar las lecturas sugeridas. Bastaban su exquisita memoria, su conocimiento erudito y su habla suave y elocuente para captar mi atención durante horas y horas que parecían minutos.

Curiosamente, lo he leído muy poco. Ahora que la Universidad publicó una antología con lo mejor de su producción como teórico e investigador, puedo subsanar esta laguna. Dos textos que sí tuve oportunidad de conocer casi en el momento de su elaboración o publicación, y que aparecen en el citado volu-

men, me evocan tiempos y momentos bellos, de entusiasmo y efervescencia desbordada por el desafío intelectual de pensar la sociedad. Posiblemente fue una versión temprana de “Teología protestante y teoría de la cultura”, el documento que comentamos un sábado por la mañana en las instalaciones del Centro de Investigaciones y Estudios Multidisciplinarios de Aguascalientes, el CIEMA, junto con Silvia y María Eugenia. Años después “Y la palabra se hizo poder... semiosis social, significación y poder en las organizaciones religiosas”, sirvió para corroborar que ser una pluma muy elegante es otro de los grandes dones de Genaro.

Una buena tarde, finalizando la jornada, entrevisté a la distancia que Genaro se encontraba en su cubículo semivacío, tratando de dar orden a los folders, las carpetas y los libros pendientes de empacar. Nos saludamos con cariño y fue en ese instante que me mostró, con una enorme, sincera y maravillosa sonrisa, el regalo que le había hecho una de sus alumnas de posgrado. Era una playera en color negro con el listado de algunos apellidos ilustres que dedicaron los mejores años de su vida a forjar y enriquecer la teoría y la metodología de la investigación social. Y que además lo hicieron con vocación, creatividad y compromiso enormes: Bourdieu, Durkheim, Goffman, Weber... Zalpa... *et al.*

Selección más atinada, imposible.

